

XX LA EDUCACIÓN DE LA SENCILLEZ

«Cuida de que su comportamiento habitual en el hablar, en el vestir, en el actuar, esté en concordancia con sus intenciones íntimas, de tal modo que los demás puedan conocerle claramente, tal como es».

* * *

La virtud de la sencillez es una manifestación de la actitud auténtica de la persona. Y es auténtico aquello que tiene el debido valor humano. Es decir, la sencillez requiere claridad de inteligencia y rectitud de la voluntad.

Desde un punto de vista más práctico, podemos captar lo que es la sencillez contrastándola con algunos de los vicios que se le oponen. En el interior de la persona existe la posibilidad de que se pierda de vista el auténtico fin del hombre y llegue a haber una complicación y doblez en los pensamientos y en los deseos. También es posible que la persona, aun reconociendo bien la finalidad de su propia vida, luego se manifieste con doblez por distintos motivos. En esta expresión de las intenciones íntimas cabe la manifestación turbia, complicada o falseada en el vestir, en el modo de actuar y también en el modo de hablar. Concretamente en la ironía, la pedantería o la hipocresía. Aquí hemos mencionado algunos de los vicios que expresan lo contrario de la virtud, pero también existe un vi-

cio por exceso de sencillez —la ingenuidad—. En el fondo, lo que buscamos es una claridad y transparencia del hombre en su actitud íntima frente a los demás y frente a Dios.

Estamos hablando de una virtud que afecta, de un modo importante, al desarrollo de la intimidad de la persona. Pero no sólo con el cuidado de la intimidad, sino también, de un modo especial, en la concordancia del actuar con lo que lleva la persona en el corazón. La sencillez se dice por oposición a la doblez, por la que alguien tiene una cosa en el corazón y exterioriza otra distinta. Con lo que hemos dicho, quedará claro que existe una relación estrecha entre esta virtud y las virtudes de la humildad y de la sinceridad.

DEJARSE CONOCER

La virtud de la sencillez permite que la persona sea conocida por lo que es, íntimamente. Pero, ¿no existe el peligro de que pueda haber una falta de pudor si la sencillez permite este descubrimiento? La sencillez supone que la persona ha reflexionado sobre lo que quiere manifestar. La prudencia le dirá si es conveniente manifestar o no los distintos aspectos de su intimidad. La sencillez le ayudará a actuar congruentemente con sus intenciones íntimas. Me refiero a las intenciones personales y no impuestas por reglas de costumbres ajenas a las propias convicciones.

Esta virtud tiene su máximo sentido, entonces, en las relaciones con Dios y en las relaciones con los otros miembros de la familia y con los amigos, porque dependen de la interrelación de intimidades. No es que no haga falta la sencillez en las relaciones con otras personas, sino que en estas relaciones que acabamos de mencionar la calidad depende de la sencillez. Es decir, puedo relacionarme con otro profesional, por fines económicos con cierta doblez, y a la vez conseguir resultados buenos para mí y, quizá, para el otro. Sin embargo, si no actúo

con sencillez respecto a un amigo, la amistad automáticamente desaparece, porque la relación se desarrollará sólo en torno a unas normas externas que permitan una convivencia aparente.

Se trata de dejarse conocer para ayudar a los demás a mejorar y para poder mejorar personalmente. Si la «mejora» que se busca no afecta a la intimidad de la persona, la sencillez es secundaria. Un profesor puede enseñar a un joven a conducir un coche sin necesidad de acudir a aspectos de su intimidad. Sin embargo, en toda relación, aunque inicialmente no se pretenda llegar a ningún estado de cierta intimidad, siempre es posible en algún grado darse a conocer para intentar compartir lo que se considera importante en la vida: la felicidad, la alegría, el trabajo bien hecho, la serenidad, etc.

LA SENCILLEZ DE LOS NIÑOS

Muchos niños tienen la gracia de saber actuar con una naturalidad tal que provocan una reacción abierta y sencilla por parte de los demás. Dicen lo que piensan y lo que sienten y es bueno que lo hagan, aunque habrá que enseñarles los momentos y los temas oportunos en que manifestarse. El problema del educador es saber cómo ayudar al joven a seguir actuando de un modo sencillo sin abusar de la espontaneidad y, a la vez, manifestar sus intenciones íntimas sin confundirlas con una sofisticación o doblez innecesaria. Centramos el tema en la preparación para el descubrimiento de la intimidad y su correcta apreciación.

Al considerar el comportamiento de niños de diferentes edades, veremos cómo llega un momento en que distintas actuaciones concretas dejan de tener gracia —su «naturalidad» ya no justifica su existencia—. Y los educadores se encuentran con la necesidad de corregir al niño y conseguir un comportamiento aceptado como correcto por los demás. Éste es el caso

del niño pequeño que entra en el salón desnudo o que suelta un eructo en público. Llega un momento en ambos casos en que cuando el acto deja de tener gracia y pasa a ser algo que debe ser corregido. Y es así, porque la persona no capta los valores por sí solo. Necesita ayuda para reconocer cuál es la manera correcta de comportarse de acuerdo con unos valores objetivos. Concretamente, la corrección de modales al comer puede considerarse como algo poco natural. Sin embargo, permiten comer de un modo estéticamente satisfactorio y también eficazmente. Hacer las cosas con sencillez no significa, por tanto, hacer las cosas espontáneamente si esta espontaneidad va contra la verdad, la belleza, la bondad o el orden. La persona, para tener la virtud de la sencillez, necesita utilizar el intelecto y utilizar su voluntad rectamente.

De lo que hemos dicho podremos sacar algunas consecuencias respecto a la educación de los niños pequeños. Por una parte, necesitan la vivencia real de lo que es más natural en relación con los valores objetivos. En segundo lugar, necesitan aprender a relacionar sus actos con lo que saben que está bien.

LA EXPERIENCIA DE LO NATURAL

Muchas veces, al hablar de la educación, parece que se trata de organizar una serie de medios «artificiales» con la finalidad de conseguir alguna mejora preestablecida en el joven. Sin embargo, no debemos olvidarnos de la influencia profunda que tiene la vivencia de distintas situaciones en las que el niño capta distintos valores en lo más profundo de su ser. La norma natural puede ser reconocida como consecuencia de la misma experiencia. O es posible seguir la norma natural, y luego encontrar su sentido. Las dos vías son complementarias.

Desde muy pequeño, el niño puede captar el valor de la belleza conviviendo con objetos bellos; lo que puede ver: los

colores, las formas, etc. También puede llegar a reconocer sonidos armoniosos: el viento, el canto de los pájaros o la música producida por el hombre de forma sencilla, en la canción de su madre o, de un modo más complejo, en una obra musical. Puede captar el valor del orden, viviéndolo en casa o participando ordenadamente en cualquier actividad. Y esto respecto a todos los valores. Al vivirlos se encontrará con distintos sentimientos no reconocidos objetivamente, pero sí vividos subjetivamente. Me refiero al sentimiento de seguridad, de saber que alguien le quiere, que todo está en su sitio, que él es importante, que los demás cuentan con él. Y con esta experiencia se abrirá más a estas influencias de tal modo que se impregna con cosas que vale la pena compartir con los demás. Esta actitud le ayudará también en su vida de fe. «La naturalidad y la sencillez son dos maravillosas virtudes humanas, que hacen al hombre capaz de recibir el mensaje de Cristo. Y al contrario, todo lo enmarañado, lo complicado, las vueltas y revueltas en torno a uno mismo, construyen un muro que impide con frecuencia oír la voz del Señor»¹.

Surge de estas experiencias, hemos dicho, una comprensión de lo que es valioso. Y sin embargo, no es el único camino para captar lo que es natural. Las reglas del juego en distintos aspectos de la vida, modales de comportamiento al estar con los demás, reglas para componer un cuadro y mezclar colores, normas para cumplir con distintas tareas, etc., pueden parecer poco naturales. Pero si estas normas conforman un modo valioso de actuar, al seguirlas fielmente es posible captar su sentido.

De acuerdo con lo dicho hasta ahora, parece claro que la misión fundamental de los educadores con los niños pequeños será introducirles a experiencias en que pueden captar y «vibrar» con lo que es genuino. Esto puede ser mediante la reacción de una vivencia personal o como consecuencia de ha-

1. ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Amigos de Dios*, n. 90, Rialp, Madrid 1977.

ber seguido unas normas preestablecidas. Ahora bien, estos dos caminos también nos pueden conducir a descubrir algunos peligros que el proceso supone.

Si las intenciones íntimas de los jóvenes son intenciones basadas en una experiencia de contravalores o de valores pobres, la sencillez no tendrá sentido. Todavía más, si las normas que aprenden se refieren a aspectos secundarios del ser humano, puede que lleguen a interiorizar algo que les lleva a una vida estéril de superficialidad.

LA SENCILLEZ EN LA ADOLESCENCIA

No queremos hacer ninguna división artificial de acuerdo con las edades de los hijos. Pero vamos a centrar la atención en los hijos cuando ya han llegado a ser conscientes de su propia intimidad. Reflexionaremos sobre algunos de los problemas que pueden surgir cuando aspectos interiores del propio ser afloran, y el joven, utilizando su inteligencia y su voluntad en mayor grado, tiene la oportunidad de actuar con sencillez, porque cree que es bueno hacerlo, más que como consecuencia de la espontaneidad en relación con la experiencia positiva, guiada por los educadores. Indudablemente, no se trata de un paso rígido entre un estado y otro. Desde pequeño habrá que ir mostrando al hijo los modos de *ser sencillo* y los motivos para serlo, pero en la adolescencia es cuando pueden surgir mayores dificultades.

Se trata de dejarse conocer, con prudencia, en la concordancia que debe haber entre las intenciones íntimas y su comportamiento habitual en el hablar, en el vestir y en el modo de actuar. Esta virtud está íntimamente relacionada con la virtud de la veracidad, que inclina a la persona a decir siempre la verdad, y también con la virtud de la fidelidad, que inclina la voluntad a cumplir lo prometido, conformando así los hechos con la promesa.

Quizá debemos plantearnos la pregunta: ¿qué motivos puede haber para que la persona llegue a manifestarse exteriormente en contra de sus verdaderas intenciones? Algunos de los motivos en los adolescentes —provocados en parte por su inseguridad— serán éstos:

- querer ser como alguna otra persona y, por tanto, intentar imitarle, olvidándose de las propias convicciones;
- considerar el medio de expresión como un fin en sí y, por tanto, adoptar este medio sin pensar en su adecuación para comunicarse con autenticidad;
- considerarse superior, inferior o simplemente diferente de lo que uno realmente es y comportarse de acuerdo con esta imagen falseada del propio ser;
- vivir continuamente en ambientes superficiales donde existen muy pocas posibilidades de llegar a expresarse tal como uno es, a causa de las barreras impuestas por el comportamiento de los demás;
- querer esconder las propias intenciones.

Vamos a considerar estos problemas, pero antes convendría reflexionar sobre los motivos que puede haber para intentar adquirir el hábito operativo bueno de la sencillez.

Si la persona cuida de su sencillez estará abierta a los valores permanentes para enriquecer su vida. No pondrá «pegas», dificultades o excusas para aceptar lo más profundo de su propio ser. De este modo, llegará a ser una persona íntegra y noble, incrementando incluso su eficacia por ser fiel a su propia naturaleza.

En segundo lugar, podrá establecer relaciones sencillas con los demás. Así, puede surgir la amistad que todo hombre necesita. También permitirá las relaciones conyugales y paterno-filiales en las que se pone en contacto lo irreplicable del ser de cada uno, o sea, su intimidad. Y, como hemos dicho antes, se establecerán las bases para recibir a Dios en su corazón.

Un tercer motivo es saber que la sencillez llevará a la persona a esforzarse en el desarrollo de todas las virtudes humanas, buscando una mayor madurez humana. «Comportarse así puede resultar difícil pero nunca extraño. Si algunos se asombraran, sería porque miran con ojos turbios, nublados por una secreta cobardía, falta de reciedumbre»².

Por último, un motivo más para desarrollar la virtud de la sencillez es «no hacer el ridículo». Cualquier persona que pretenda ser lo que no es, resulta rara o extravagante y puede mover a los demás a la risa.

DIFICULTADES EN EL DESARROLLO DE LA SENCILLEZ

Al considerar los problemas que supone ser sencillo tendremos en cuenta la expresión de la virtud en el hablar, en el vestir y en el actuar.

La imitación ciega de otra persona o de un modo de hacer las cosas puede ser remediado mediante una ayuda en el proceso de reflexión del joven. Muchas veces será cuestión de mostrar al joven cómo está actuando con una falta de autenticidad —una cualidad normalmente muy aceptada por los jóvenes— y ayudarle a reorientar su comportamiento. Evidentemente, si el problema de fondo es que quiere esconder las propias intenciones, porque conscientemente desea lograr resultados mediante una táctica preconcebida, estamos ante una situación englobada en el vicio de la astucia, de difícil arreglo. Pero éste es el caso en cualquier problema en que no se puede contar con una cierta buena voluntad por parte del joven. Aquí vamos a centrar la atención en los jóvenes que, cometiendo errores como todos, siguen con una actitud básica positiva.

En torno a esta ayuda a la reflexión, existen una serie de situaciones típicas que puede ser conveniente tener en cuenta

2. ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *ob. cit.*, n. 90.

para afinar en la información que vayamos dando, y también para asegurarnos de que nosotros mismos no hemos caído en la tentación de una cierta doblez en algunas de nuestras actuaciones.

- Respecto al vestir: querer parecer más rico, más pobre, más joven, más viejo o, simplemente, diferente. Es el caso de la persona que, sabiendo que en una fiesta todos van a llevar corbata, se viste, a propósito, del modo menos convencional posible. Está claro que me estoy refiriendo a excesos que tienden a desnaturalizar a la persona misma.
- Respecto al hablar: querer aparecer más inteligente por el uso de vocabulario complicado; simular que no se poseen unas cualidades que son evidentes; citar muchos autores que no se han leído para parecer más erudito; parecer más rico o culto con el tono de voz y «experiencias» que se cuentan; escandalizarse para mostrar una repulsión no sentida; atribuirse excelencias que no se poseen, etc.
- Respecto al actuar: intentar pasar por lo que uno no es; simular que uno tiene mucho trabajo cuando no es así; organizar una vida lo más compleja posible para no tener tiempo para lo esencial; leer de todo, ver todo, escuchar todo bajo el pretexto de estar al día, en lugar de profundizar en lo más importante; gastar el tiempo, el dinero, los esfuerzos por capricho, para quedar bien, etc.

Además, debemos tener en cuenta otro campo en que puede producirse una falta de sencillez, aunque no es fácil captarlo desde fuera. Me refiero a los propios pensamientos. En la propia vida íntima pueden aparecer toda una serie de escrúpulos que oscurecen lo más importante en la vida de cada uno. Los padres, en la medida de lo posible, deben ayudar a sus hijos a distinguir entre lo que es importante y lo que

es secundario, de tal modo que su actuación cara a los demás puede también ser sencilla. En este sentido, conviene reconocer que es posible que una persona actúe de un modo falsamente sencillo en las relaciones con los demás, haciéndolo como táctica para encubrir sus problemas interiores.

Por último, vamos a considerar la misma vida social como una de las causas de falta de sencillez en las personas. El trato con los demás puede realizarse en un nivel profundo, queriendo conocer y dejándose conocer prudentemente por el interés mutuo que existe. O puede desarrollarse únicamente a un nivel de formas superficiales en que se habla y se escucha, simulando el interés o preocupación correspondiente. Esto puede ocurrir al cumplir con el deber social como obligación estéril, y también al considerar a los demás como objetos sin derecho al respeto acorde con su naturaleza de persona humana.

Habría que plantearse en qué grado se pueden «simular» intereses para permitir una relación más profunda a continuación. Es lógico que se trata de encontrar un equilibrio entre la táctica de interesarse por algo claramente ajeno a mi personal interés y el objetivo lícito de interesarse por la persona del otro y, por tanto, de lo que le interesa a él. Este deseo llevará a la persona a incorporar en sus vivencias y pensamientos temas que inicialmente no surgirían por gusto personal. Se incorporarán para comunicar e interesarse por los demás. Y así el esfuerzo es natural.

LA MANIFESTACIÓN DE LA SENCILLEZ

La manifestación de la sencillez será diferente de acuerdo con las intenciones de cada persona. Si persigue una serie de fines que incluyen mejorarse como hijo de Dios, como hijo, como padre, como cónyuge, como amigo, como compañero, como profesional, etc., y ayudar a los demás a hacer lo mismo, se notará la sencillez en su modo habitual de manifestarse. Es posible que se note la sencillez en el trato delicado con los de-

más, en la expresión manifiesta de alegría al encontrarse con un conocido, en la paciencia mostrada en una situación difícil, en el modo de buscar lo positivo en cualquier situación, en la tendencia a rehuir cualquier discusión rebuscada, en el saber hacer y desaparecer, en la alabanza cordial sin exageraciones, en el agradecimiento manifestado con entusiasmo, en el saber rectificar, en el vestir elegante, o en el trato confiado y respetuoso con Dios.

Por eso, la sencillez no es una virtud que tiene un campo limitado de actuación. Se aplica a todas las demás virtudes y hace de ellas algo enormemente atractivo y genuino.

Los padres tendrán que observar a sus hijos para notar en qué aspectos deben mejorar respecto a esta virtud. ¿Dónde está el problema de cada uno? Quizá esté más en su capacidad de expresarse oralmente o por escrito, en las relaciones con los demás o en su propio fuero interno.

Poder atender adecuadamente a los hijos supone la sencillez en los padres, y quizá en una manera muy especial la capacidad de mostrar su confianza y su cariño. No basta confiar en los hijos y quererles. Hace falta también saber manifestar la confianza y el amor. La sencillez llevará a los padres a actuar de corazón y, si son cristianos, encontrarán una inspiración continua en la Sagrada Familia de Nazaret.

LA SENCILLEZ

AUTOEVALUACIÓN

A continuación se encuentra un elenco de afirmaciones con el fin de poder reflexionar sistemáticamente sobre:

- 1) el grado en que se está viviendo la virtud personalmente y
- 2) el grado en que se está educando a los alumnos o a los hijos en la misma virtud.

Respecto a cada afirmación se puede situar la conducta y el esfuerzo propio correspondiente de acuerdo con la escala:

5. Estoy totalmente de acuerdo con la afirmación. Refleja mi situación personal.
4. La afirmación refleja mi situación en gran parte aunque tengo alguna reserva.
3. La afirmación refleja mi situación en parte. Pienso «en parte sí y en parte no».
2. La afirmación realmente no refleja mi situación aunque es posible que algo haya.
1. No creo que la afirmación refleje mi situación personal en nada. No me identifico con ella.

Se pueden comentar las reflexiones propias con el cónyuge o con algún compañero y así llegar a plantear posibles aspectos prioritarios de atención en el desarrollo de la virtud a título personal o respecto a la educación de los hijos o de los alumnos. De hecho es probable que se vayan descubriendo muchas posibilidades de mejora, pero se trata de *seleccionar nada más que una o dos*, con el fin de intentar lograr la mejora deseada.

LA MANERA PERSONAL DE VIVIR LA SENCILLEZ

1. Intento actuar con claridad y transparencia en las actividades íntimas frente a los demás y frente a Dios.
(Hay dos problemas principales para vivir la sencillez. En primer lugar se trata de tener claro lo que se busca en la vida, pero también se trata de evitar que haya una cosa en el corazón y exteriorizar otra).
2. Reflexiono sobre los fines de mi vida y los tengo claros.
(La sencillez será imposible en el comportamiento si no existe orden en el pensamiento).

3. Entiendo que la sencillez es necesaria para conocer la verdad, para vivir unas relaciones auténticas con los demás, e incluso para no hacer el ridículo.
(Intentar ser lo que uno no es, simular o actuar con doblez son maneras seguras de despertar lástima o, incluso, la burla de los demás).
4. Intento que mi actuación habitual sea congruente con lo que digo y lo que pienso.
(La actuación congruente constante no es fácil, pero produce un estilo personal reconocido por los demás como tal. De esta manera podrán confiar más en uno y disfrutar de la relación).
5. Intento que mi manera de vestir sea elegante, que retrate mi manera de ser, y nunca produzca un efecto en los demás que suponga que piensen que soy otro tipo de persona de lo que realmente soy.
(Alguien ha dicho que la elegancia es hacer conformar la prenda al cuerpo y los dos a la circunstancia. No pretendemos significar que uno no debe arreglarse para una ocasión especial, por ejemplo. Pero evitar cualquier tipo de exceso sí).
6. Me expreso en un lenguaje adecuado al tema y a las personas con quienes estoy hablando.
(La ironía, la pedantería y la hipocresía son todas maneras de faltar a la sencillez. Pero también usar un lenguaje que no se conforma con los propios principios, o simular, por el lenguaje usado, que uno es algo diferente de lo que se es en realidad).
7. Intento dejarme conocer íntimamente en mi familia y todavía más en mis relaciones con Dios. En cambio, comparto mi intimidad de una manera prudente con los demás.
(Convertir la propia intimidad en dominio público no es parte de la sencillez. Esto sería, más bien, ingenuidad).
8. En las relaciones con los demás intento interesarme de verdad por los temas que les interesan a ellos, de tal manera que no caigo en una táctica de interés simulado.
(Se nota en seguida aquellas personas que simulan interés. ¡«Qué interesante»! es una frase típica que utilizan. También preguntan por la familia cuando se sabe que no les interesa. O, cuando uno está contestando, interrumpen para dirigir la palabra a otra persona o para dar alguna indicación).

9. Se nota mi sencillez en algunas de las siguientes manifestaciones: el trato delicado; la expresión manifiesta de alegría al encontrar a un conocido por la calle; la paciencia mostrada en una situación difícil; el modo de buscar lo positivo en los demás; el rehuir las discusiones rebuscadas; el dar alabanza cordial sin exagerar; el agradecimiento con entusiasmo, el saber rectificar, el vestir elegante, el trato confiado y respetuoso con Dios.
(No son todas las maneras de vivir la sencillez, pero sirven como puntos concretos de reflexión).
10. Habitualmente muestro confianza y cariño con los demás.
(Las personas desconfiadas o egoístas no pueden ser sencillas. Lo suyo es el engaño y la doblez).

LA EDUCACIÓN DE LA SENCILLEZ

11. Me preocupo de crear y aprovechar situaciones, con el fin de que los pequeños puedan captar y vivir lo genuino y llegar a impregnarse de valores positivos.
(La sencillez se relaciona con la naturalidad y la experiencia de haber vivido manifestaciones de la bondad, la belleza, la verdad, el orden. Ayudará al niño a interiorizar los valores de una manera natural. Esto puede suceder en excursiones al campo, al visitar una exposición, al acompañar a un enfermo, con el ambiente alegre de convivencia en la familia, etc.).
12. Enseño a los pequeños a cumplir con determinadas normas que están inspiradas en estos valores.
(Otra vez lo que buscamos es la experiencia de haber vivido acciones relacionadas con los valores. Pero esta vez es porque algunas normas están previstas para ello).
13. Consigo un ambiente de espontaneidad y naturalidad con los niños, aunque les voy exigiendo para que controlen sus tendencias básicas con su voluntad.
(La espontaneidad descontrolada no tiene ningún valor. Hace falta que sea controlada. Los niños muy pequeños tendrán dificultad en

superarse en este sentido, pero poco a poco conviene que vayan descubriendo cuáles son las acciones adecuadas en diferentes circunstancias).

14. Ayudo a los hijos/alumnos un poco mayores a reflexionar sobre lo que hacen para que vean si está relacionado con alguno de los valores familiares o del colegio.

(La exigencia en el hacer pasa a una exigencia en el pensar. La sencillez no excluye el uso de la razón. Todo lo contrario, lo necesita).

15. Intento lograr que vivan la sencillez en sus relaciones con la familia y con Dios para que puedan oír la voz del Señor.

(Personas con ideas confusas, con preocupaciones interiores o que no quieren ser quienes son rara vez van a vivir su vida de cristiano cabalmente).

16. Ayudo a los adolescentes a descubrir cualquier tendencia que puedan tener de querer parecer ser más ricos o más pobres de lo que son; o de tener más años o menos años que los que tienen, o de querer emular a sus compañeros en lugar de ser ellos mismos.

(Es frecuente ver a chicas de trece o catorce años vistiéndose o maquillándose como las de dieciocho. O queriendo vestirse como miembros del grupo pero no porque es su estilo, o contando historias ficticias para aparecer «más» de lo que realmente son).

17. Ayudo a los adolescentes a no simular en lo que se refiere a su inteligencia, o a su competencia.

(Son otras maneras de vivir con doblez, que puedan seguir durante toda la vida. Por ejemplo, citar libros que no se han leído, usar un tono de voz que no es lo propio, atribuirse todo tipo de excelencias que no corresponden con la realidad, o actuar con una ingenuidad absurda cuando no es el caso).

18. Ayudo a los jóvenes a reflexionar sobre el conjunto de sus actividades con el fin de que distingan entre lo que es esencial, lo que es importante, lo que es secundario y lo que no es necesario o lo que es negativo en sí. Es decir, intento lograr que sus vidas no sean tan complejas, resultado del cúmulo de actividades de diferente valor.

(Algunos jóvenes leen de todo con el pretexto de estar al día, ven todo en el cine por no ser menos que sus compañeros, gastan es-

fuerzas y tiempo excesivos en escuchar música, o en hablar por teléfono, salen por salir o duermen mucho más de lo que el cuerpo necesita).

19. Ayudo a los jóvenes a autoconocerse con el fin de plantear pequeños puntos de lucha.

(Con cierto tipo de joven habrá que tener cuidado, ya que algunos son muy sensibles y pueden terminar con escrúpulos).

20. Pongo a los jóvenes en situaciones adecuadas para que puedan reflexionar sobre la relación entre sus actuaciones habituales y sus intenciones íntimas.

(Es fácil engañarse. Y no sólo son los jóvenes que lo hacen. Necesitamos de los demás: del cónyuge, del padre, de la madre, del hijo, del compañero, del amigo, del profesor o del sacerdote para colaborar en el proceso de mejora personal).